

PLAN DE FORMACIÓN MONÁSTICO CISTERCIENSE

El presente plan de formación se caracteriza, sobre todo, por las siguientes notas: se centra en la *fase inicial* del proceso formativo; detalla el *área intelectual*; y pretende ser de índole *orientativa* más que normativa.

En un primer apartado ofrece una serie de textos, principalmente de nuestros Padres, destinados a sugerir e indicar el *sentido y fin* de nuestra formación. Trata, luego, en forma sucinta y gráfica, de las *áreas, fases, etapas y agentes*. En tercer lugar, aborda el *área intelectual* indicando algunos principios rectores y el contenido de la misma. Presenta a continuación una *reseña bibliográfica* que intenta mostrar la evolución del tema en la Iglesia y la Orden durante los últimos 25 años. Por último, unos textos sobre la *escuela monástica* retoman el sentido e indican algunos aspectos claves de la formación contemplativa.

Pese a las evidentes limitaciones del presente plan, se es bien consciente de que: “La adecuada renovación de los institutos religiosos depende en grado máximo de la formación de sus miembros” (Vaticano II, *Perfectae Caritatis* 18; cf. *Optatam Totius* 7).

1. SENTIDO Y FIN DE NUESTRA FORMACIÓN

Interiorización de valores

“La formación no es una simple cuestión intelectual, ya que en este caso bastaría con procurar dar una enseñanza apropiada por profesores competentes. Tampoco es cuestión de adaptación exterior a unas observancias. No; es algo mucho más profundo. Se trata de hacer penetrar en el novicio de un modo profundamente arraigado un conjunto de convicciones y valores adquiridos, de modo que el mensaje evangélico y el modo monástico de vivir este mensaje sean realmente asimilados e interiorizados” (A. Southey, “Puntos de reflexión sobre la renovación de la Orden” *Carta circular del 26-I-76*).

Exigencias de nuestra formación

“Los que están encargados de la formación no deben olvidar que forman novicios para la vida contemplativa lo cual tiene sus exigencias peculiares. ¿Cuáles son? Digamos brevemente que son cuatro. En primer lugar estar convencidos del valor real de la vida contemplativa para la Iglesia y para el mundo... En segundo lugar, se necesita un atractivo por la oración como don de sí a Dios. Además, el novicio debe mostrarse capaz de aceptar el silencio verdadero y la soledad sin hacerse por eso asocial. Finalmente, debe aprender a hacer una verdadera *lectio divina*” (A. Southey, “Selección y formación en la vida monástica”, *Carta circular del 26-I-77*; cf. “Criterios de admisión de postulantes”, 7º *Conferencia al Capítulo General de Abadesas de 1975*; “Formación contemplativa”, 4º *Conferencia al Capítulo General de Abadesas de 1978*).

“Se observará cuidadosamente si de veras (el aspirante) busca a Dios, si pone todo su celo en la obra de Dios, en la obediencia y en las humillaciones. Díganle de antemano todas las cosas duras y ásperas a través de las cuales se llega a Dios” (san Benito, *Regla*, LVIII: 7-8).

Formación y hombre nuevo

“Defórmame de la forma del siglo a la que me he conformado; confórmame a tus ciudadanos para que no me encuentre deforme en su compañía... Defórmame de lo mundano que hay en mí; fórmame y confórmame a tu gracia pues en ella he buscado refugio; da a mi corazón la forma de conversión que te sea agradable” (Guillermo de San Thierry, *Diálogo con Dios*, IV: 12; cf. V: 11).

“Aún no han abandonado mi boca las palabras viejas; aún no han sido raídos de mi alma los hábitos del hombre viejo; y he aquí que me urges a disertar sobre la vida nueva exponiendo, a saber, cómo los recién convertidos del siglo pueden transformarse en hombres nuevos... Es por cierto indispensable que aquellos que han dejado el mundo para convertirse sean cuidadosamente iniciados e informados en los esplendores de la nueva vida, para que se despojen, como su nombre lo exige, del hombre viejo y merezcan ser llamados novicios.” (Adam de Perseigne, *Carta V*: 44-46).

Formación y maternidad de María

“Entre la forma de la carne y la forma del Verbo existe como una especie de grado intermedio entre una y otra, como una tercera forma de Cristo, la espiritual, pero que se mostró claramente en su carne. Tal es la forma de vida que Él llevó en su cuerpo para servir de ejemplo a los que habrían de creer. Pues si Cristo fuere formado en nosotros según el ejemplar de vida y costumbres que se nos mostró en Él, entonces indudablemente estaremos capacitados para ver no sólo la que fue formada a causa nuestra, sino también aquella otra que nos formó. Según esto, se dan en Cristo una forma corporal, otra moral, otra intelectual. En la forma corporal es nuestro hermano; en la moral es nuestro maestro; en la intelectual es nuestro Dios. Asumió la forma corporal para cumplir el misterio; presentó la forma moral para dar ejemplo; revelará la forma intelectual o divina a manera de recompensa...”

‘De Sión salió la ley y la palabra del Señor de Jesuralén’ (*Is* 2,3); desde allí nos fue enviado el Evangelio, en el cual se muestra como un rostro más hermoso de Cristo, esto es, la forma de su vida y doctrina que nos transmitió por su palabra y expresó en sí mismo por el ejemplo. Conocer a Cristo en esta forma en el tiempo presente es la piedad de los cristianos, mientras que conocerlo en la forma de la carne fue el escándalo de los judíos; conocerlo en la forma de la divinidad es la felicidad y gozo de los ángeles. Por eso también Pablo, sabiendo que la carne no aprovecha para nada sin el Espíritu que vivifica (*Jn* 6,63), rehúsa conocer ya a Cristo según la carne (*2 Co* 5,16); para volverse todo entero con más empeño hacia el Espíritu vivificante.

Esto mismo parece saberlo también María, quien deseando introducir al Amado de sus deseos en los corazones de todos, describe al Amado de su seno no según la carne, sino según el Espíritu –‘Yo soy la madre del amor hermoso, y del temor, y del conocimiento y de la santa esperanza’ (*Sb* 24,24)–; como si también ella dijera: Aunque he conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conozco así. Pues también ansia formar a su Unigénito en todos los hijos adoptivos, a quienes si bien fueron engendrados por la palabra de verdad (*St* 1,18), no obstante, cada día los da a luz por el deseo y la solitud de su piedad, hasta alcanzar el estado del hombre perfecto, en la medida de la plenitud de edad de su Hijo, a quien una única vez dio a luz y trajo al mundo” (Guerrico de Igny, *Sermón en la Natividad de la Bienaventurada Virgen María* II: 1-3).

Formación y humildad

“Cuando venga el Salvador reformará nuestro cuerpo humillado configurándolo a su cuerpo glorioso; pero esto será si primero ha sido reformado el corazón y se ha configurado a la humildad de su corazón” (san Bernardo, *Sermón en el Adviento del Señor* IV: 4).

Formación y obediencia.

“Cosa temible es escrutar la Majestad; en cambio, escrutar su voluntad es cosa tan segura como pía. ¿Qué cosa más digna de alabanza que el afanarse en escrutar la voluntad de Aquel a quien debemos en todo obedecer? Es sumamente grata la gloria que procede de la contemplación de su dulzura, de la vista de las riquezas de su bondad y de su misericordia. ‘Hemos visto esta gloria, dice Juan, la gloria del Hijo único del Padre’ (Jn 1,14). Toda la gloria que haya aparecido de esta forma es efecto de una benevolencia del todo paternal. Semejante gloria no me oprimirá cuando yo me dé con todas mis fuerzas a contemplarla; antes bien, se imprimirá más en mí; pues cuando contemplamos cara a cara como en espejo la gloria del Señor, dice el apóstol, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor (2 Co 3,18). Somos transformados en Él al hacernos conformes a Él. Pues ojalá que el hombre no presuma ser conforme a Él por la gloria de la Majestad, sino más bien por la sumisión a su voluntad” (san Bernardo, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares* LXII: 5).

Formación y liberación

“Vino, pues, la misma Forma, a la cual el libre albedrío debía ser conformado tanto más cuanto que para volver a tomar su primera forma debía ser reformado por quien había sido primero formado. Esta forma no es otra que la Sabiduría eterna; y la conformidad consiste en que la imagen obre en el cuerpo lo que la Forma obra en el universo... Es preciso, pues, que el libre albedrío se esfuerce por dominar sobre su cuerpo, de la misma manera que la Sabiduría preside al universo, y que, a su ejemplo, obre fuertemente desde una extremidad hasta la otra, es decir, mande a todos sus sentidos y a todos sus miembros con tanto imperio, que no sufra reine el pecado en su cuerpo mortal ni sus miembros sirvan a la iniquidad, sino que, más bien, los emplee en el servicio de la santidad. Y así, el hombre no será esclavo del pecado, puesto que no le cometerá: al contrario, hallándose libre de su tiranía, comenzará a recobrar la libertad de consejo y a tomar su antigua dignidad: y al ‘ mismo tiempo se revestirá de la semejanza que es digna y conforme a esta imagen de Dios que está en él y aun recuperará su antigua belleza” (san Bernardo, *Tratado de la Gracia y del Libre Albedrío*, X: 33-34).

Formación y amor

“El retorno del alma al Verbo constituye su conversión a Él, a fin de ser por Él reformada y conformada con Él. ¿Y en qué se ha de reformar y conformar? En la caridad. ‘Sed imitadores de Dios, como hijos carísimos, y andad en el amor, como también Cristo nos amó’ (Ef 5,1-2). Esta conformidad desposa al alma con el Verbo, cuando, siéndole ella semejante por su naturaleza, procura asemejarse a Él por su voluntad, amándole como por Él es amada. Luego, si le ama perfectamente, despósase con Él. ¿Qué cosa más dulce que esta conformidad? ¿Qué cosa tan deseable como este amor, que hace que, no contentándose el alma con las instrucciones recibidas de los hombres, se acerque animosamente ella misma al Verbo, se adhiera fuertemente a Él, le pregunte y consulte familiarmente sobre todas las cosas, de manera que la capacidad de su inteligencia es la medida de la audacia de sus deseos? Todo ello constituye un verdadero contrato de matrimonio espiritual y santo. Y aun me quedé corto diciendo contrato, es abrazo” (san Bernardo, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares* LXXXIII: 2-3).

Formación, virtudes teologales y Escritura

“La causa primordial y eficiente de todo aquello que fue, es y será, es Dios. Él es asimismo el

último fin de todo. Y así como Él es el ser de toda existencia, es la vida de todo viviente y la sabiduría de toda sabiduría. Es así que la creatura ha sido creada según esta Forma, recibiendo de ella no sólo el ser y la vida sino también el ser y el vivir en la sabiduría. Cuando el hombre se ha separado y desunido de esta Forma se volvió tan miserable como un animal desprovisto de sabiduría y comenzó a ser y a vivir de una forma insípida. No le falta, sin embargo, ni el ser ni la vida, y puede reencontrar su forma primera gracias a la acción reformadora de Aquel que lo ha formado. La Forma es la Sabiduría; el camino por el cual uno retorna a la Forma es la reformatión. Toda esta reformatión, que nos conduce de nuevo hacia la Forma quitándonos nuestra deformidad, se fundamenta en tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; para que sabiendo lo que es necesario creer, esperar y amar, creamos, esperemos y amemos. La Sabiduría, al transferirse en almas santas, hizo de ellas amigos de Dios y profetas, por quienes nos entregó la Sagrada Escritura, fuente de toda formación” (san Elredo de Rieval, *Sermones De Oneribus* I).

Formación y contemplación

“Él es la Palabra: no la que suena sino la que penetra; no la locuaz sino la eficaz; no la que resuena en los oídos sino la que ablanda los afectos. Es una Faz que no tiene forma, sino que transforma, no por encandilar los ojos del cuerpo, sino alegrando la faz del corazón. Su Faz es realmente agradable, no a causa de su color, sino por la intensidad del amor” (san Bernardo, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares* XXXI: 6).

“Busca el alma al Verbo, al que consienta para corrección, del que sea iluminada para conocimiento, en el que se apoye para la virtud, con el que se reforme para la sabiduría, al cual se conforme para la hermosura, con el que se despose para la fecundidad, del que goce para la felicidad...

Todos necesitamos ser reformados por el Verbo en la sabiduría... ‘Aprende sabiduría en el ocio’, dice el sabio (*Si* 38,25); luego los ocios de la sabiduría son negocios y cuanto más ociosa parece estar la sabiduría más trabaja a su modo...

Y quizás la sabiduría derive su nombre de sabor, porque es como el condimento de la virtud, que la vuelve sabrosa, siendo de por sí insulsa y áspera. Y creo que puede también decirse que la sabiduría es el gusto de lo bueno.

Hemos perdido ese gusto casi desde nuestro origen. En efecto, desde que el veneno de la serpiente infestó nuestra alma, ésta comenzó a no gustar ya de lo bueno, y un gusto depravado substituyó al que le era natural... la necedad de la mujer, seducida por la malicia de la serpiente, fue la que nos hizo perder el gusto de lo bueno; mas precisamente esa malicia de la serpiente, que por un momento se creyó vencedora, ha sido vencida para siempre para mayor confusión suya; porque he aquí que la Sabiduría ha llenado de nuevo el cuerpo y el corazón de una Mujer, a fin de que así como fuimos deformados por la locura de una mujer, así también seamos reformados por la sabiduría de otra mujer.

Y ahora la Sabiduría constantemente vence a la malicia en el alma de aquellos en quienes logra entrar, destruyendo con un buen sabor el sabor malo que la astucia de la serpiente nos había infiltrado. En entrando la Sabiduría en el alma, hácela insípidos todos los placeres carnales, purifica el entendimiento, sana y repara el paladar del corazón. Sano ya este paladar, saborea lo bueno, saborea la sabiduría misma, que es el mejor de los bienes... ¡Dichosa el alma que pone todas sus delicias en saborear el bien y abominar el mal! ¡Esto es ser reformado por la Sabiduría!... A ella pertenece el gustar y saborear cuán suave es el Señor” (san Bernardo, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares* LXXXV: 1,7-9).

“El amor de Dios al alma engendra en el alma su amor a Dios, y el cuidado que Dios pone en

prevenirla con su amor engendra en ella más y más vivos deseos de corresponder a este amor... Ciertamente, yo no sé en virtud de qué cercanía de naturaleza viene a suceder que, en dándose al alma contemplar cara a cara, como en espejo, la gloria del Señor, al punto siente como imperiosa necesidad de transformarse en la misma imagen, conformándose a Él” (san Bernardo, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares* LXIX:7).

Fin de nuestra formación

“La finalidad de toda formación es la de enseñar al joven monje a seguir a Cristo de acuerdo a la enseñanza del Evangelio, y la de crecer en el conocimiento y el amor de Dios de manera que esta formación sea una transformación por el Espíritu Santo” (Comisión de Formación OCSO, *Documento I: Principios básicos de formación*, Noviembre de 1968).

2. ÁREAS, FASES, ETAPAS Y AGENTES

La formación ha de *alcanzar* al hombre en su totalidad: su ser y su obrar. Lo primero es la persona y no el programa. Por consiguiente, la formación incluye los siguientes aspectos o áreas distinguibles en la unidad del conjunto:

– *Formación de la persona*: que debe haber alcanzado un cierto grado de madurez antes de ser admitida en el monasterio, y que debe continuar cultivándose a lo largo de toda la vida, para que pueda darse un auténtico crecimiento en la gracia, la cual nos libera plenamente para amar en la verdad.

– *Formación espiritual*, en sentido estricto, la cual incluye: formación a la oración en el espíritu monástico de la *lectio divina*; participación fructuosa en la Sagrada Liturgia; y la más importante de las disciplinas ascéticas: la humilde aceptación de sí mismo, en un continuo autoconocimiento, que libere del propio interés o egoísmo y abra al bien del hermano.

– *Formación intelectual*: que asegure la adquisición progresiva de una comprensión de la fe cristiana y de la vocación o espiritualidad monástica, proporcionada a la propia inteligencia y a la formación precedente.

– *Formación laboral*: en sus aspectos espirituales, personales y comunitarios; ya que si esto se realiza como es debido no le faltarán a la comunidad las artes y medios necesarios para ganarse la vida con su propio trabajo.

– *Formación comunitaria*: a fin de que el formando aprenda a vivir en comunión con sus hermanos en un espíritu de gratuidad y afecto en Cristo; sea capaz de sobrellevar con paciencia y misericordia las debilidades ajenas y pueda ofrecer una corrección caritativa y edificante.

La vida monástica implica un constante crecimiento en el conocimiento y amor a Cristo. La formación debe concebirse, por consiguiente, como un proceso continuo que dura toda la vida y que admite diferentes *fases*: inicial, permanente y sacerdotal, según se reciba o no este último carisma de servicio.

En las etapas de la fase inicial se precisará más ayuda y compañía; pero ésta debe tender a aminorar a medida que va creciendo la docilidad al Espíritu Santo, docilidad que se ha de manifestar en convicciones y hábitos hondamente arraigados, junto con la capacidad de adaptación a las necesidades comunitarias y al desarrollo de la vida interior.

Las *etapas* iniciales del proceso de formación tienen sus propias demandas y características más o menos bien definidas. Sin embargo, estas etapas no han de considerarse como compartimentos

estancos, ya que no son sino diferentes momentos de un mismo y continuo crecimiento orgánico. Este crecimiento, al igual que las diferentes necesidades personales, demanda flexibilidad en la organización y duración de dichas etapas. Estas son:

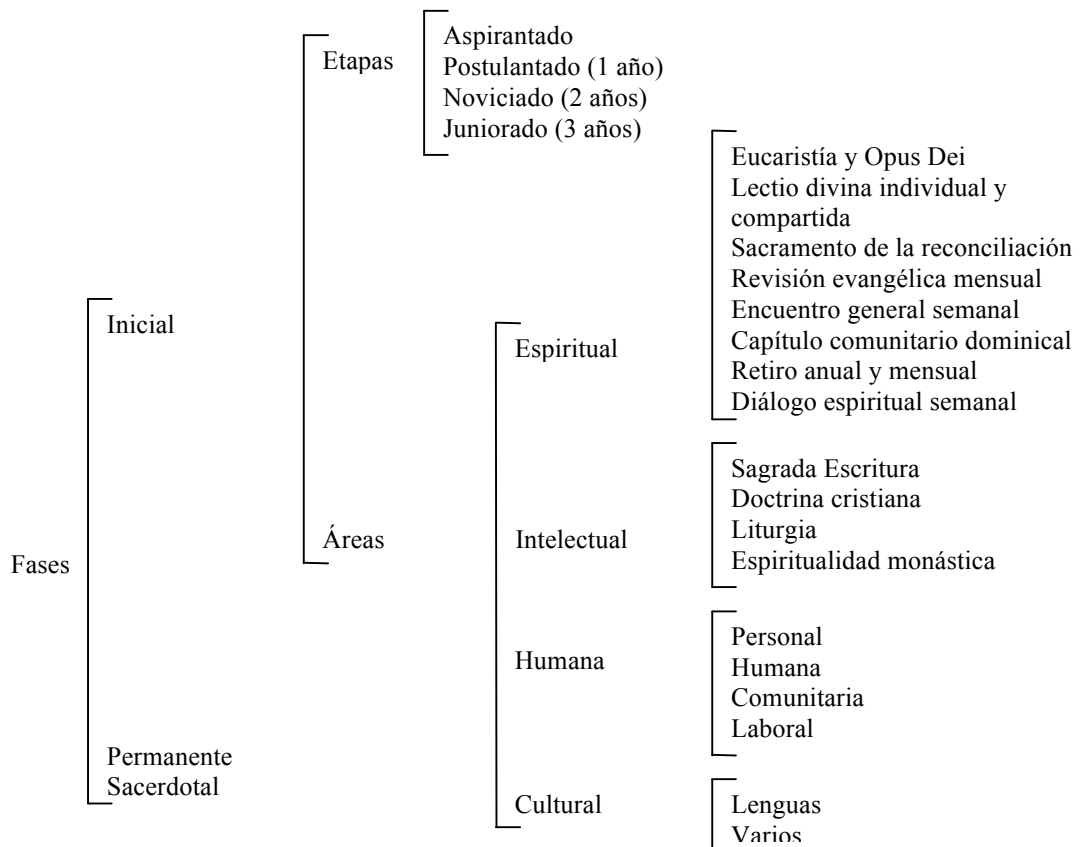
- *Aspirantado*: discernimiento previo de la vocación.
- *Postulantado*: preparación para abrazar la vida monástica.
- *Noviciado*: iniciación a la vida monástica.
- *Juniorado*: compromiso personal en la vida monástica.
- *Profesado*: formación permanente en el compromiso personal.

El *agente* más importante en el proceso de formación es el *Espíritu Santo* en persona. Él es la fuente de toda espiritualidad en la Iglesia, sin Él no seríamos cristianos. La capacidad de escucha y docilidad a sus inspiraciones es uno de los signos más claros de vocación y el medio indispensable para el crecimiento espiritual. Y cuando el Espíritu obra crea previamente un ámbito mariano a fin de que Cristo sea plenamente acogido y crezca en nosotros. Por este motivo, el Espíritu, *en María*, es el principal agente de cualquier proceso de formación cristiana.

La *comunidad*, en cuanto tal, desempeña asimismo una función imprescindible en la formación de sus miembros. La comunidad es formativa mediante las innumerables maneras en que comunica su estilo de vida, sus valores y medios. Sobre todo, la comunidad forma mediante: el ejemplo de su vida y su fidelidad a pesar de todas sus debilidades; el estímulo y la oración; y por el apoyo y ayuda concreta que presta a los agentes más inmediatos de la formación.

El *Abad* en virtud de su cargo y su función de maestro, desempeña el papel más prominente en la formación de los monjes. En íntima comunión con él trabajará el *maestro de novicios*; éste ayudará a los formados a interiorizar los valores monásticos y a discernir la obra del Espíritu en el corazón de los mismos.

Habiendo establecido los principios que anteceden retomamos ahora gráficamente los elementos que nos permiten una visión conjunta.



3. FASE INICIAL: ÁREA INTELECTUAL

Principios

Si bien la formación no es cuestión puramente intelectual, esto no quiere decir que haya que subestimar o descuidar este aspecto. El Magisterio de la Iglesia nos recuerda la importancia de fundamentar la formación “sobre bases bíblicas, patristicas, litúrgicas y espirituales” (Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, *La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 27). Precizando aún más, el Papa Pío XII en su Constitución Apostólica *Sedes Sapientiae*, nos decía:

“Los religiosos que tienen por tarea principal la contemplación de las cosas divinas, buscando únicamente a Dios y uniéndose a Él, y la de transmitir las a los demás, deben tener muy en cuenta que no pueden en forma alguna alcanzar los simples frutos de esta tarea santísima sin elevarse a una sublime unión con Cristo, lo que no conseguirán si no tienen abundantemente ese conocimiento profundo y siempre perfectible de Dios y de sus misterios, que se adquiere mediante los estudios sagrados” (IV; cf. Pío XI, *Unigenitus Dei Filius*; G. Sortais, “Conferencias sobre el abadiato” al *Capítulo General de Abades de 1960*; *Carta circular a los Abades de la Orden del 25-XII-61*).

Según san Bernardo, lo importante no es el mucho saber sino el modo de saber. Es decir: con qué orden, con qué aplicación, con qué fin. Con qué orden: de suerte que aprendamos ante todo lo más necesario para la salvación. Con qué aplicación: para aprender con más ardor lo que más vivamente puede movernos al amor. Con qué fin: a fin de no aprender por vanagloria, o por curiosidad, o por algo semejante, sino sólo para propia edificación o la del prójimo (cf. *Sermón sobre el Cantar de los Cantares XXXVI*: 3). En una palabra: “Así como el autoconocimiento produce en nosotros el temor de Dios, así el conocimiento de Dios produce el amor de Dios”,

hemos de “conocerle para amarle” (*Ibid.* XXXVII: 1,6).

Contenido

	Postulantado	Noviciado	Juniorado
E s c r i t u r a	1. Introducción general – ¿Qué es la Biblia y cómo leerla? – El mundo de la Biblia – La Biblia en poesía: los Salmos	2. Antiguo y Nuevo Testamento. – De Jesús a los Evangelios – La historiografía del A.T. – Los Evangelios sinópticos. – El Pentateuco. – Profetismo y profetas preexílicos. – Hechos de los Apóstoles – Profetas exílicos y post-exílicos.	3. Antiguo y Nuevo Testamento. – Escritos de San Juan. – La lírica sagrada – Hebreos y Cartas Católicas – Literatura sapiencial – San Pablo: Tesalonicenses y grandes cartas – Literatura apocalíptica – San Pablo: cartas pastorales y de la cautividad
D o c t r i n a	1. Catequesis fundamental	2. Temas de teología espiritual – Gracia y virtudes teologales – El hombre pecador – Gracia actual – Discernimiento espiritual – El progreso espiritual 3. Espiritualidad mariana	4. Filosofía 5. Teología dogmática 6. Teología moral
L i t u r g i a	1. Nuevo oficio divino 2. Canto I 3. Introducción a la liturgia.	4. Canto II 5. Temas litúrgicos – Historia de la liturgia – La Santa Misa – El oficio divino – El año litúrgico – La liturgia monástica	
M o n a q u i s m o	1. Ascesis monástica 2. <i>Lectio divina</i> 3. Orígenes y hoy del Císter	4. Síntesis de la historia de la Iglesia y monástica: siglos I y XII. 5. Los Padres monásticos – San Antonio – Sentencias de los Padres – San Pacomio – San Basilio – Casiano 6. San Benito y su <i>Regla</i> 7. La profesión cisterciense	8. Síntesis de historia de la Iglesia y monástica: siglos XIII al XX. 9. Los Padres del Císter: – San Bernardo de Claraval – Guillermo de San Thierry – Elredo de Rieval – Guerrico de Igny

4. RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

1956. Pío XII y Sagrada Congregación de Religiosos, *Constitución Apostólica “Sedes Sapientiae atque Statuta Generalia” sobre la formación religiosa, clerical y apostólica de los jóvenes religiosos* (31-V-56 y 7-VII-56).

1959. Sortais, G. “Conferencias sobre el abadiato V” al *Capítulo General de Abades*

de 1959.

OCSO, *Ratio Institutionis praesertim Studiorum ad mentem Constitutionis Apostolicae Sedes Sapientiae atque Statuta Generalia* (aprobada el 27-XI-59 por cinco años).

1961. Sagrada Congregación de Religiosos, *Instrucción "Religiosorum Institutio" sobre la selección y formación de los candidatos al estado de perfección y a las sagradas órdenes* (reservado a superiores y formadores, 2-II-61).

Sortais, G. "Adaptaciones, estudios", trabajos en curso" *Carta circular a los Abades de la Orden* (25-XII-61).

1965. Vaticano II, *Decreto "Perfectae Caritatis"* sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 18 (11-X-65).

....., *Decreto "Optatam Totius" sobre la formación sacerdotal* (28-X-65).

1966. Pablo VI, *Motu proprio "Ecclesiae Sanctae" sobre la aplicación del Decreto "Perfectae Caritatis"*, 16, 33-38 (6-VIII-66).

1968. OCSO, *Informes y Documentos de la Comisión de Formación* (Roma, 12 al 23 de Nov. de 1968).

1969. Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, *Instrucción "Renovationis Causam" sobre la renovación acomodada de la formación para la vida religiosa* (6-I-69).

OCSO, Capítulo General 1969, "Informe de la Comisión *ad hoc* sobre el estudio de la "Renovationis Causam" (*Compte rendu*, p. 292); Votos sobre la formación a) Organización a nivel de la Orden (votos 48-55); b) Estudio de la RC (votos 56-63) en: *Declaraciones y Decisiones*.

1970. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (6-I-70).

CLAR; *Formación para la Vida Religiosa renovada en América Latina* Bogotá: Ed. Paulinas, 1970 (Colección CLAR 3)

1971. OCSO, Capítulo General 1971, "Informe sobre la formación" por J. Morson; Votos sobre formación (votos 16-27) en: *Actas*.

1975. Southey, A. "Criterios de admisión de aspirantes", 7º *Conferencia de Capítulo General de Abadesas de 1975*.

1976. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *La formación teológica de los futuros sacerdotes* (2-II-76).

1977. Southey, A. "Selección y formación", *Carta circular* (26-I-77)

OCSO, Capítulo General 1977, "Relación de la Comisión *ad hoc* sobre formación" (Minutas, Anejo III); Votos sobre formación: a) Secretario central (votos 40-45); b) Etapas de la formación (votos 45-49) en: *Actas*.

1978. Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, *Instrucción "Mutuae Relationes" con criterios para las relaciones entre los Obispos y religiosos en*

la Iglesia, V (14-V-78).

Southey, A., “Formación contemplativa”, 4º Conferencia al Capítulo General de Abadesas de 1978.

1979. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Instrucción sobre la formación litúrgica en los seminarios* (3-VI-79).

1980. Sagrada Congregación para la Educación Católica, *Carta a los seminarios sobre la formación espiritual de los futuros sacerdotes* (6-1-80).

Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, *Religiosos y promoción humana*, 32-35 (12-VIII-80).

1980. Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, *La dimensión contemplativa de la vida religiosa*, 17-20, 27 (12-VIII-80).

OCSO, Capítulo General 1980, “Respuestas al cuestionario sobre formación permanente” (*Separata*); Votos sobre formación: a) Secretario central (voto 85); b) Documento sobre la formación permanente (voto 86) en: *Actas*.

Nota:

- Por lo que hace específicamente a la rama femenina de la Orden, ver:

1968. Reunión de las MM Abadesas en Císter (6 al 16 de junio), Votos sobre: a) Entrada en religión (votos 1-6); b) Noviciado (votos 7-9); c) Profesión (votos 11-13) en: *Compte rendu*.

1971. Capítulo General, Votos sobre formación (votos 12-19) en: *Actas*.

1978. Capítulo General, “Formación” en el Informe descriptivo de la vida del conjunto de las comunidades (*Minutas*).

1981. Capítulo General, Voto sobre el secretario central de formación (voto 20) en: *Actas*.

5. LA ESCUELA MONÁSTICA

“Estamos en la escuela de Cristo, en la que se nos enseña con una doble doctrina. Una cosa enseña aquel verdadero Maestro por sí mismo, otra por sus ministros. Por los ministros enseña temor, por sí mismo amor... Dice así: ‘Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros’ (*Jn* 15,12)... Por tanto, para demostrar que somos discípulos de la Verdad, amémonos mutuamente” (San Bernardo, *Sermones Varios* CXXI: 1; cf. *De las Costumbres y Oficios de los Obispos*, V: 18).

“No suceda que los discípulos que cursan en la escuela de Cristo y que tienen por Maestro al mismo Espíritu Santo, den gozo al enemigo y que éste se glorie en sus disensiones; con lo cual vengan a poner en peligro sus almas y frustren todo el trabajo de su penitencia, y truequen en hedor insoportable el buen aroma de nuestra Orden, y sean causa de que se blasfeme el nombre de Cristo, cuando precisamente ellos más que nadie deben glorificarle” (san Bernardo, *Carta* CCCXX: 2).

“... Quisiera estar en silencio, aprendiendo en la escuela del Verbo, al menos tanto tiempo

cuanto el mismo Verbo pasó en silencio siendo educado por su Madre” (Guerrico de Igny, *Sermón en la Navidad V*: 2).

“Gozóme en pensar que vosotros pertenecéis a esta escuela, que es, por cierto, escuela del Espíritu, en la que aprendéis la bondad, la disciplina y la ciencia (*Sal* 118,66) y podéis decir con el santo: ‘He comprendido yo más que todos mis maestros’ (*Sal* 118,99). ¿Por qué? ¿Acaso porque me vestí de púrpura y de precioso lino, porque disfruté abundantemente banquetes delicados? ¿Acaso porque entendí las sutilezas de Platón, los capciosos razonamientos de Aristóteles o trabajé en entenderlos? De ningún modo, repito, sino ‘porque busqué tus preceptos’ (*Sal* 118,22. 99). Feliz el que mora en este tálamo del Espíritu Santo...” (san Bernardo, *Sermón en la Fiesta de Pentecostés III*: 5).

“Esta es la escuela especializada de la caridad. Aquí se cultivan los estudios, se debaten las disputas concernientes a ella y se llega a soluciones, no tanto a fuerza de silogismos cuanto por la razón, la verdad y la experiencia misma de las cosas” (Guillermo de San Thierry, *De la Naturaleza y Dignidad del Amor*, 26).

“Cristo tiene más horror a las malas costumbres y a las lenguas mordaces que a las punzadas de su corona de espinas; sobre todo en aquellos que han sido llamados a la simplicidad del silencio, al negocio de la caridad, a la quietud del ocio, a la escuela de humildad, al voto de obediencia y al vínculo de la unidad” (Gilberto de Hoyland, *Sermón sobre el Cantar de los Cantares XX*: 7).

“Vosotros sois felices, hermanos míos, vosotros que os habéis inscripto en la disciplina de la sabiduría y en la escuela de la filosofía cristiana, con tal que permanezcáis con perseverancia en la sabiduría (cf. *Si* 14,22)” (Guerrico de Igny, *Sermón en la Fiesta de San Benito I*: 4).

“El discípulo que progresa cada día es la gloria de su maestro. Quienquiera que en la escuela de Cristo no progresa es indigno de su magisterio; sobre todo cuando estamos aquí, donde nada permanece en el mismo estado, de manera que no progresar es, sin duda, regresar” (san Bernardo, *Carta CCCLXXXV*: 1).

*Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles
Azul - Argentina*

